

ANDREA LONGARELA

· NEÏRA ·

*Tú y yo en
el corazón de
Brooklyn*



*Tú y yo en el corazón
de Brooklyn*

Andrea Longarela

Esencia/Planeta

© Andrea Longarela, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Yoko Design / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-08-23818-8
Depósito legal: B. 2.493-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni sobre sus contenidos, ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



29 escalones para el final

De: evanbradley@scproduction.com

Para: aurorazumaya@linea2.com

Asunto: Tú y yo

Lo siento.

Corro lo más rápido que puedo. Noto que los pies me arden, sobre todo el derecho, y es que se me ha salido la zapatilla a medio camino, pero no me permito ni agacharme para intentar ponérmela de nuevo.

Se me acaba el tiempo.

Me agarro la falda larga con fuerza y siento mi corazón dando saltitos y pidiendo auxilio. También grita su nombre. No, creo que los que piden auxilio y una máquina de respiración artificial con urgencia son mis pulmones. Eso o un vigilante de la playa con brazos de acero y sonrisa de infarto haciéndome el boca a boca; quizá así me olvidaría de la tontería que estoy a punto de cometer.

Un infarto es lo que está a punto de darme. Pulmones traidores... Unos pocos meses sin salir a correr con él para que ahora me la jueguen así. Hasta ellos lo echan de menos.

Me cuelo por un agujero que encuentro en los setos laterales que bordean la finca. El culo apenas me entra, pero consigo

hacerme paso a base de empujones y de un par de rasguños de regalo en la cara y en los brazos. Recorro el último trecho jadeando y, cuando doblo la esquina, la veo. Imponente, con una gran escalinata de piedra que, en vez de dejarme sin voz por lo bonita que es como fondo de una sesión de fotos de boda para el recuerdo, lo hace porque solo puedo pensar en si seré capaz de subirla sin desmayarme. O sin que me pillen antes los de seguridad.

Ya puedo oír sus murmullos de alerta a mi espalda, pero no me giro por miedo a encontrarme a dos gorilas enormes apuntándome con una pistola de descargas o algo peor.

Llegados a este punto, no hay vuelta atrás.

Pienso en él y cojo velocidad, movida por el impulso de que tengo que hacerlo. Pienso en sus ojos; en su sonrisa; en su voz; en que por su felicidad yo me pasaría la vida corriendo en maratones. Bueno, quizá no tanto, pero sí que le da un sentido a lo que estoy a punto de hacer. Una locura de las grandes. De las que arreglan o arruinan la vida de una persona. Posiblemente, la mía.

Veintinueve escalones después, llego a la puerta y la abro.

La iglesia es solemne, de techos altos, vidrieras de colores que le dan un aspecto mágico según los rayos del sol se cuelan por ellas y una infinidad de bancos a ambos lados repletos de gente elegantemente vestida para la ocasión. Veo tocados y pamelas de todos los colores y clases, y se me pasa por la cabeza la idea de que estoy en medio de una selva tropical por la cantidad de plumas de tonos estridentes que me encuentro. La madrina, por ejemplo, es un guacamayo con sobrepeso. Y, al fondo, de espaldas al cura y mirándose embelesados, ellos. Ella, de blanco; él, de negro. Lo normal, vaya, que para eso es una boda.

—Si alguien tiene algo que decir, que lo diga ahora...

Si esto fuera el final feliz de una película romántica, en este instante, la voz del cura se vería amortiguada por la mía rompiendo el silencio que nos envuelve, destrozando ese halo de amor que todo el mundo está respirando, acompañada de un gritito agudo y con mi puño en alto para darle más énfasis al momento. Una Scarlett O'Hara del nuevo milenio a la que no le queda nada que perder. Quizá un rescoldo de dignidad.

—¡Nooooo!

Doscientos cincuenta y siete invitados se girarían y clavarían sus ojos asombrados en los míos. No pienses que tengo una capacidad sobrenatural que me permite contarlos, es que ya conocía ese dato con anterioridad gracias a la prensa.

Por un momento, me quedaría paralizada y pensaría: «Pero ¿qué diablos estoy haciendo?», ahí plantada, con un pie hinchado por el roce de la zapatilla, sudada, el pelo aplastado por un lado por las horas viajando hasta llegar aquí y la falda larga arremangada. Me quedaría unos segundos congelada bajo el potente embrujo del ridículo de la situación, con la mirada de los flamantes novios puesta en mí y sin ser capaz de reaccionar. Puede que un niño me señalase entonces y explotase en carcajadas.

Puede que me agarrasen dos hombres, uno de cada brazo, y me sacaran de allí en volandas. Puede que me desmayase y acabara en una ambulancia rumbo a un psiquiátrico. Puede... Puede...

Pero ninguna de esas cosas sucede, porque, antes de que la palabra salga de mis labios, arruine una boda y acabe protagonizando la portada de una revista sensacionalista, oigo unos pasos que se acercan y mi garganta se cierra. Son zapatos de hombre, pero no lo sé por el ruido que provocan contra la madera, sino por la cadencia de cada zancada y el cosquilleo que

solo me produce cuando pertenecen a esa persona que llevo un mes sin ver; supongo que reconocería esa sensación en cualquier parte. Y, de pronto, una mano cubriendo mi boca, la otra en mi cintura y su voz en mi oído. Cerca, con su aliento rozando el lóbulo de mi oreja. Como cuando susurraba palabras solo para mí. Como cuando me cantaba bajito. Cierro los ojos. Automáticamente pienso: «Esto es por ti. Solo por ti. ¿Ves lo loca que me vuelves? ¿Ves lo que venía dispuesta a hacer?», pero no se lo digo, porque ya lo sabe.

Somos un par de tarados.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Aurora?

Sí, has acertado, Aurora soy yo y acabo de entrar en una iglesia para parar una boda, como en una de esas escenas de las comedias románticas en las que todo sale bien y ese momento épico resulta hasta tierno.

Pero te digo desde ya que no es mi caso.

Nunca lo es.

Tengo toda la mala suerte del mundo colgada sobre mis hombros.

No obstante, no adelantemos acontecimientos, porque su mano sigue rozándome y su aliento golpea mi nuca provocando terremotos en mi piel.

¿Y si me he equivocado? ¿Y si va a decirme que me vaya y que deje de una vez de hacer el ridículo? ¿Y si...?

Espera, creo que deberíamos echar marcha atrás en el tiempo, como si rebobinásemos una cinta, y empezar por el principio.

¿Y cuál es el principio? Pues el inicio de todo llegó una noche horrible en la que, frente a una tarta, pedí un deseo y mi suerte comenzó a cambiar. No para bien, supongo, pero sí para convertirse en otra cosa.

¿Y a ti qué te importa mi vida, si ni siquiera me conoces? Bueno, pues si quieres podemos conocernos un poquito más... y, si no quieres, pues igual te da, porque es mi historia y yo la cuento como quiero. Después de tanto tiempo vuelvo a ser la protagonista y voy a regalarme el placer de disfrutarlo.

Vamos allá...

¿Cómo habría resumido mi vida en aquel momento? Pues algo tal que así...

Aurora Zumaya Pineda. Nacida el 30 de diciembre de hace unos cuantos años una noche que nevaba incansablemente. Capricornio. Hija de constructor y madre estilista que regenta una peluquería. Adicta a todo lo que engorde y a analizar el horóscopo, y fanática de los test de las revistas de moda que predican tu futuro sentimental. Comparto piso con un gato, aunque no lo hago por voluntad propia, y trabajo en una productora televisiva como la asistente personal de Lina Martínez, haciendo de todo menos lo que mola de una productora televisiva, como organizar la agenda de mi jefa, recoger sus trajes de la tintorería y pedirle cita con el endocrino; ordenar el almacén o cualquier tarea que ella me mande, porque para eso estoy yo. Tengo una mejor amiga, Marga, que vive en Sídney y a la que no veo desde hace cinco años, y estoy soltera, aunque no entera, por mucho que le gustara la idea a mi padre. Hago la colada los martes, voy al cine los viernes y los fines de semana veo la televisión y fantaseo con que vivo otras vidas en las que no soy yo y no estoy tentada cada dos por tres a chupar pegamento en mi sofá para no morir de aburrimiento.

Supongo que estarás pensando: «¿Y esta pardilla tiene algo interesante que contarme?».

Pues, aunque no te lo creas, sí. Y es que, aquí donde me ves, un día me convertí en la reina del baile, como en esas películas americanas horteras. Luego perdí mi reinado, pero, años después, volví a sentarme en el trono junto a una estrella del cine por unos minutos para volver a caer.

Y esa es mi vida, una caída tras otra a las que ya estoy acostumbrada, porque un día la suerte me abandonó y comenzó a reírse de mí.

¿Que sigues sin creértelo? Lo entiendo, yo a ratos tampoco, pero escucha, escucha, que vienen curvas, y no me refiero a las mías...



28 velas para Aurora

De: evanbradley@scproduction.com

Para: aguedamh@casaruralelmanantial.com

Asunto: Por encima de mi cadáver

No pienso hacerlo, así que no insistas. Y no me chantajees. Tu gripe no va a empeorar porque yo no acepte colaborar en ese proyecto, abuela. Gracias por tu contacto, pero me da igual lo que la prensa ensucie mi imagen. Y no, no es verdad lo que has leído en una de esas horribles revistas que te he dicho mil veces que no compres; no hubo ninguna *fiesta* sin ropa en casa de Mike..., algunos conservamos los calcetines puestos.

Cuídate esa tos.

Dale un beso al viejo.

—Aurora, sopla.

—No quiero.

—Es tu cumpleaños, tienes que soplar.

—No.

—Se está derritiendo la vela y quiero probar la tarta sin intoxicarme. ¿Tú no? Es de arándanos.

Era cierto. Una capa de arándanos cubría una base de bizcocho, chocolate y nata. Dos números la coronaban, aunque comenzaban a ser una masa deforme de cera derretida. Y tenía una pin-

ta estupenda. La tarta, no la cera. De momento, nunca he comido cera.

Máximo me miraba con su rostro curtido y arrugado, sin mostrar ni una pizca de compasión y moviendo sin cesar su pierna en un tic que me estaba poniendo de los nervios. Su bastón subía y bajaba con cada temblor. *Espinacas con queso*, a su lado, se relamía y me miraba con esa superioridad que odiaba. Lo hacía aposta, ya lo conocía bien, y él también a mí. Tan bien que sabía que estaba a punto de bajar la mirada yo primero y perder aquella guerra silenciosa y absurda que manteníamos.

Esa era mi vida y una de las causas de querer meterme en la cama y no salir nunca más: el tener un vínculo tan estrecho con un gato que ni siquiera me caía bien. Que no era mío. Que solo compartía piso conmigo porque se colaba por la galería de mi cocina a robarme comida y le tenía tanto respeto que no me atrevía a echarlo.

—Niña, ¿quieres soplarlas de una vez? —El grito de Máximo me hizo dar un brinco en mi sitio y obedecerlo—. Que no se te olvide el deseo. Siempre hay que pedir un deseo. Acuérdate, Aurora, la magia de las pequeñas cosas. No dejes que se te escape.

Asentí y pensé en qué era lo que deseaba.

Miré a mi alrededor, a mi piso de cuarenta metros cuadrados y a mis invitados a la que era la celebración de mi veintiocho cumpleaños, e hice una mueca. Al hacer ese gesto de desagrado, la goma de mi gorro de cartón se me clavó en el mentón.

Me resultaba todo tan triste... Un año antes la imagen era la misma, aunque aquel día una llamada vía Skype desde Sídney hizo que tuviera en mi fiesta una tercera invitada muy especial, pero Marga no había podido llamarme en aquella ocasión; que allí fueran las cuatro de la mañana no lo hacía fácil.

Si remontaba un poco más y me veía celebrando los veinticuatro, sonreía sin remedio, rodeada de mi familia en Cancún, con un bikini de flores y soplando las velas con tanto alcohol en el cuerpo que por poco no provoqué un incendio. Había acabado la noche vomitando y perdiendo la parte de arriba del traje de baño en la piscina del hotel, pero esas eran cosas que solían pasarme a menudo.

Si lo hacía un poco más y llegaba a los dieciocho, el nudo de mi garganta se convertía en una pelota de tenis, dura, áspera e incómoda. Me recordaba rodeada por mis amigos, tan joven, con tan buen aspecto, con tantas ganas de comerme el mundo, tan enamorada..., y a los veintiocho... a los veintiocho ya ni parecía yo.

Todo se había ido al traste.

Me concentré en ese hecho y cerré los ojos, deseando por un instante con todas mis fuerzas volver a tener la suerte de mi lado y sentirme la Aurora que un día había sido una persona interesante y no eso en lo que me había convertido.

Espinacas con queso maulló, yo soplé las ridículas velas y después, entre los tres, nos comimos una tarta de seis raciones sin pestañear siquiera.

—¿Lo has hecho?

Asentí, sintiéndome una fracasada por tener como único deseo ser otra persona. Él me ofreció una cajita envuelta en un papel brillante de color azul.

—Max...

—Te he dicho que no me llames así —refunfuñó.

—Perdón, Máximo —rectifiqué sonriendo—, no tenías que hacerme ningún regalo.

—Entonces ¿qué clase de cumpleaños sería?

—El de alguien como yo, supongo.

Mi vecino octogenario sacudió la cabeza y supe que estaba pensando en por qué mi familia no estaba celebrando conmigo mi cumpleaños. O un puñado de amigos que no existían, porque yo los había echado de mi lado. Eso hacía con la gente. Era casi un don. Supe que esos gruñidos de desaprobación significaban que me apreciaba, y aquello ya era suficiente motivo para intentar regalarle yo a cambio la mejor de mis sonrisas.

Abrí el paquetito y suspiré emocionada. Era una cadena de plata de la que colgaba un pequeño trébol, pero no uno de cuatro hojas, sino uno normal.

—Espero que te traiga esa suerte que dices no tener.

—Pero, Max... Máximo, los de la suerte son los de cuatro hojas —repliqué desilusionada.

—Tonterías. La suerte la depositas tú en el amuleto, no al revés. A ver cuándo se te mete en esa cabecita dura que tienes.

Pues estaba jodida, entonces. Aunque eso no se lo dije, sino que le di un beso de agradecimiento y le preparé una tila para que se tomase sus pastillas de la noche.

Vimos un poco la televisión en silencio. Máximo y *Espinacas con queso* dieron alguna cabezada contra el respaldo del sofá mientras yo me compadecía de nuevo, sintiéndome fatal por haber comido tarta para tres estómagos y por no haberme puesto medio presentable para mi propia fiesta, ya que un pantalón de chándal viejo y un jersey de lana no eran ni por asomo el *look* capaz de subir la autoestima a nadie.

Una hora más tarde, acompañé a mi vecino a su casa, dos pisos más abajo, le dejé una rendija la ventana abierta al gato por si quería hacerme una visita por la noche, a pesar del frío que hacía, y me senté a ver una película navideña de las que siempre ponen en esas fechas. Trataba de una chica que se convertía en un elfo de Papá Noel por unas horas y, mágicamente,

encontraba el amor en su compañero de fabricación de cabezas de muñeca. Espantosa y, aun así, mucho más interesante que mi vida vacía e insípida.

Recibí una llamada de mi familia desde Lisboa, que se resumió en escuchar a mi padre dándome razones para no salir en Nochevieja y acabar siendo el trofeo de algún borracho salido, soportar el parloteo incesante de mi madre sobre lo mala hija que era al no poder pasar con ellos las vacaciones familiares anuales por la mierda de horarios de trabajo que tenía y quedarme medio sorda por los gritos de mis hermanos, que me contaron, entre risas, todas las cosas tan alucinantes que pensaban hacer sin mí.

Yo, mientras tanto, pensaba tumbada en mi sofá que ojalá algún borracho salido se fijara en mí para no empezar otro año durmiendo sola, en lo malos padres que eran ellos por largarse de vacaciones familiares el día de mi cumpleaños, aunque fuese una tradición navideña que teníamos desde que éramos críos y que ni siquiera en las malas épocas habíamos incumplido, y en lo que odiaba a mis hermanos por tener esa afición insoportable de recordarme continuamente lo muermazo que era mi vida.

Así que, sí, Aurora, la que un día fue una chica popular, envidiada, divertida e interesante, acabó celebrando su veintiocho cumpleaños con su vecino cascarrabias octogenario y un gato escapista e interesado.

No obstante, no sientas lástima por mí, que esto solo acaba de empezar...